¿Para qué creó Dios a los ángeles?

Dios los creó para que eternamente le alaben y bendigan (*Is* 6, 3; *Salm* 103, 20) y para que cumplan sus mandamientos y guarden a los hombres (*Heb* 1, 14).

La Sagrada Escritura invita a los ángeles a que alaben a Dios, y por esta alabanza Dios es glorificado, y redunda en beneficio de los que le alaban: Alabadle vosotros, sus ángeles... (*Salm* 48, 2; *Dan* 3, 58; *Apoc* 4, 8; etc.).

¿Qué decir de los ángeles custodios?

Es doctrina católica que cada hombre tiene un ángel custodio o de la guarda. Tal creencia tiene su fundamento en las palabras de Jesús al referirse a los niños, pues habla de «*sus* ángeles» (*Mt* 18, 10).

En Heb. 1, 14 leemos que los ángeles «son enviados por Dios para servicio de los que han de heredar la salvación», y como todos estamos destinados a ser herederos de ellos, parece ser que todos tenemos un ángel que nos sirve y nos guarda.

Algunos Santos Padres de la Iglesia como San Basilio y San Jerónimo (y también Orígenes) nos hablan claramente de esta doctrina de los ángeles custodios. «Cada uno de los fieles, dice San Basilio, tiene a su lado un ángel como educador y pastor que dirige su vida», y San Jerónimo en el comentario de *Mt* 18, 10: «¡Cuán grande es la dignidad de las almas, que cada una de ellas, desde el día de su nacimiento tiene asignado un ángel para que la proteja!».

En *Hechos* 12, 15, se lee: «Será *su* ángel». (Así decían de San Pedro al ser librado de la cárcel).

La prueba de los ángeles

Todos los ángeles fueron creados en estado de gracia o amistad divina, y antes de gozar de la visión beatí-

fica fueron sometidos a una prueba moral para merecerla.

Los que hicieron buen uso de los dones concedidos por Dios y salieron airosos de la prueba recibieron como recompensa la eterna felicidad del cielo (*Mt* 18, 10; *Tob* 12, 15; *Heb* 12, 22; *Apoc* 5, 11; 7, 11).

Los que se rebelaron contra Dios fueron lanzados al infierno, pues *Dios no perdonó a los ángeles que pecaron* (*2 Pdr* 2, 4; *Judas* 6; *Mt* 25, 45).

¿Cuál fue esta prueba? Parece ser que consistió en que debían adorar todos al Verbo encarnado (*Heb* 1, 6): mas creyéndole como hombre inferior a ellos, le negaron la adoración. De aquí que podamos decir que el pecado de los ángeles fue de *soberbia*, bien por este motivo dicho, bien por el engreimiento de sus dones naturales y sobrenaturales, por los que se creyeron más que Dios.

Hay, pues, ángeles buenos, confirmados en gracia, y ángeles malos o demonios, que tientan a los hombres. Su capitán es Satán o Lucifer (el que lleva la luz, porque, al parecer, era uno de los ángeles más encumbrados). Jesucristo parece indicar este capitán al decir: *Id al fuego eterno, preparado para el demonio y sus ángeles o emisarios* (*Mt* 25, 11).

Los ángeles malos o demonios «fueron creados buenos por Dios, pero se hicieron malos por su propia culpa» (Conc. IV de Letrán).

¿Qué hemos de decir del demonio?

La Biblia nos habla de él a cada paso, y le da los nombres de diablo, Satanás (que significan *adversario, calumniador*). El es un ángel malo o caído del estado de gracia con que Dios le había adornado; el tentador, el enemigo que siembra el mal (*Mt* 13, 28).

El demonio, como dice San Juan, es *homicida desde el principio* (pues lo fue del primer hombre al inducir a Caín a matar a su hermano Abel), *y no se mantuvo en la verdad..., es mentiroso y padre de la mentira* (*Jn* 8, 44).

Los demonios o espíritus del mal procuran hacer daño moral y a veces físico a los hombres.

Véanse los ejemplos de nuestros primeros padres (*Gén* 3, 1 ss.), *por envidia del diablo entró la muerte en el mundo* (*Sab* 2, 24). Recuérdense el fratricidio de Caín (*Gén* 4, 1 s.; *Jn* 8, 44); la traición de Judas (*Jn* 13, 2 y 27); la mentira de Ananías (*Hech* 5, 3)...

Sobre los males físicos véanse: *Tob* 3, 8; *Job* 1, 12; 2, 6; *1 Cor* 5, 5.

Casos de posesión del demonio y expulsión de estos: *Mt* 8, 16 y 28; *Mc* 1, 23 ss.; 5, 6, ss.

— «El demonio, dice Pablo VI, es el número uno, es el tentador por excelencia. Sabemos también que este ser oscuro y perturbador existe de verdad, y que con alevosa astucia actúa todavía; es el enemigo oculto que siembra errores e infortunios en la historia humana»..., y es el causante de los grandes males que azotan al mundo.

Estemos prevenidos.—Estad alerta y velad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quien devorar (*1 Pdr* 5, 8).

Resistid al demonio y huirá de vosotros (*Sant* 4, 7).

El demonio no puede dañar realmente al que guarda los mandamientos de Dios y no quiere pecar. El es «el príncipe de este mundo», o sea de los hombres perversos. El demonio, dice San Agustín, es «como el perro encadenado, que puede ladrar, pero no puede morder más que al imprudente que se pone a su alcance». San Antonio Abad, Santa Teresa de Jesús, el Santo Cura de Ars y otros muchos Santos han sufrido grandes tentaciones del demonio. Las armas para vencer son la oración, hacer la señal de la cruz...

La creación del hombre

La Biblia, después de la descripción del mundo material, nos habla del origen del hombre, y nos dice que procede de Dios.

Díjose entonces Dios: Hagamos al hombre a nuestra

imagen y nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella. Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó y los creó varón y hembra (Gén 1, 26, 27).

Formó Yahvé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado (Gén 2, 7).

Y de la costilla que de Adán tomara, formó el Señor a la mujer (Gén 2, 22).

Primeros hombres creados por Dios

Los primeros hombres que Dios creó fueron *Adán* y *Eva.* Del relato del Génesis sacaríamos:

1.° Que Dios formó *de la tierra* al cuerpo del hombre, e *inspiró* en él un alma (*Gén* 2, 7).

2.° Que *la mujer fue formada de una costilla de Adán* sobre el que el Señor mandó un sueño profundo (*Gén* 2, 21 s.).

Dios creó a los primeros hombres: Adán de la tierra, la mujer del hombre y su alma por creación directa.

El hombre, pues, según la Biblia procede de Dios y en su formación El interviene de un modo *directo* e *inmediato.*

El evolucionismo o transformismo.

Según la Biblia, después de haber creado Dios toda clase de animales, «formó *de la tierra* el cuerpo del hombre» (*Gén* 2, 7).

Algunos opinan que el cuerpo humano procede *por evolución* de una especie del reino animal, vg. del mono.

Hay dos clases de transformismo: *el absoluto,* que dice que *cuerpo y alma* proceden por evolución del hombre; mas este *evolucionismo materialista* no se puede

admitir de modo alguno, porque el alma es espiritual y lo espiritual no puede originarse de la materia.

Otra clase de transformismo es *el moderado*, que afirma que el *cuerpo* humano es resultado de formas anteriores, o sea, que procede por evolución del mono. Esta afirmación no pasa de ser una hipótesis. La Iglesia deja en libertad a los investigadores de esta teoría. Hasta ahora la ciencia no ha demostrado la evolución de una especie en otra. Hasta la fecha no hay un argumento decisivo a favor de esta teoría.

Los santos Padres de la Iglesia enseñan unánimemente que Dios creó directamente a todo el hombre en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma, y parece ser lo más noble y digno, por haber sido creado a imagen de Dios como ser inteligente y libre, y en el modo de la creación de Eva ven figurada la igualdad esencial de la mujer con el hombre, la institución divina del matrimonio... Del mismo texto ya aparece clara la enseñanza de que la mujer es de la misma naturaleza que el hombre.

Testimonios en contra de la evolución de una especie en otra. (La evolución admitida es dentro de la misma especie. vg. en la rana del renacuajo o ejemplos parecidos).

- *El Dr. Jordi Cervos Navarro,* catedrático y director del Instituto de Neuropatología en la Universidad Libre de Berlín, en octubre de 1982, dijo: «La teoría evolucionista ha quedado sin demostrar, y casi ningún hombre de ciencia la sostiene ya».

- Y *Pierre-P. Grassé,* profesor durante treinta y tres años en la Cátedra de Evolución de Sorbona, en su libro: «L'Evolution du Vivant» declara fracasadas las teorías explicativas del evolucionismo (París 1973).

Sepan todos que la Iglesia no coarta la libertad de investigación, pero deben aducir pruebas.

Unidad del género humano. El poligenismo.

La Biblia nos da estos testimonios explícitos:

No había hombres que labrasen la tierra... Adán llamó

Eva a su mujer por ser la madre de todos los vivientes (*Gén* 2, 5; 3, 20). *Dios hizo de uno todo el linaje humano para poblar toda la superficie de la tierra* (*Hech* 17, 26).

La doctrina del poligenismo se admite hoy como hipótesis de trabajo; pero conviene tener presente que en contra del poligenismo tenemos:

1) La doctrina bíblica. Según el *Génesis* (2, 5; 3, 20) y los *Hechos* (17, 26), todos procedemos de Adán y Eva, y no de Adán y Eva y otras parejas.

2) La Comisión Bíblica dijo: «La unidad del género humano es uno de aquellos hechos que afectan a los fundamentos de la religión cristiana» (*Dz* 2123).

3) Pío XII en la *Humani géneris* rechaza el poligenismo por no ver cómo pueda compaginarse con la doctrina revelada acerca del pecado original (*Dz* 2028).

4) El doctor Díez-Macho, gran biblista, en su *Historia de la salvación* dice: «Adán y Eva fueron los primeros hombres. Todos los hombres, después de Adán proceden de ellos; no de Adán y Eva y otras parejas. No hay poligenismo. Los científicos no ven razones que obliguen a suponerlo. Y no hubo otras parejas porque esto se deduce de la narración del *Gén* 1 y 2, y también del *Gén* 3, capítulo que narra el pecado de los primeros padres —pecado original—.

»Todos los hombres han pecado en Adán como enseña San Pablo en *Rom* 5 y como enseña la Iglesia».

Esta doctrina queda clara en la Biblia, y en contra del poligenismo tenemos las dos genealogías que parten del primer hombre, Adán: *1 Cr 1, 1; Lc. 3, 38;* no obstante en atención a los que tengan otra teoría, dire con el Cardenal Bea: «*la cuestión* de saber si podría haber formas de poligenismo compatibles con la doctrina de la Iglesia *queda abierta*».

El hombre consta de cuerpo y alma

La Escritura nos dice que el hombre es un compuesto de dos partes esenciales: de cuerpo y alma.

«El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su rostro el aliento de vida (= principio vital del alma), y así el hombre vino a ser un ser viviente» (*Gén* 2, 7).

(*«Acuérdate de tu Hacedor*) *antes de que el polvo se vuelva a la tierra de donde salió y el espíritu retorne a Dios que le dio el ser* (*Ecl* 12, 7).

Del *Génesis* (2, 7), deducimos claramente que Dios formó de la tierra el cuerpo del hombre e inspiró en él un alma. Por los movimientos vitales del cuerpo echamos de ver que hay en el hombre un alma, «una sola racional e intelectiva», como dice el Conc. IV de Constantinopla.

Los hombres ahora, sólo *en cuanto al cuerpo*, procedemos de Adán, pues el alma de cada hombre es creada por Dios y El es el que la comunica a los cuerpos. Estos son animados y vivificados por el alma. Con ella Adán fue un ser viviente (*Gén* 2, 7). El cuerpo sin el alma está muerto (*Sant* 2, 26).

¿Qué es el alma?

El alma es *una substancia espiritual*, y por ella somos *imagen de Dios*, porque Dios es espíritu.

El alma es espiritual, inmortal y libre.

1) *El alma es espiritual*, porque no depende de la materia en su ser ni en sus operaciones. Ella tiene *inteligencia y libre voluntad* y por estas facultades conoce lo bello y lo bueno y tiene también capacidad de amarlo y de dominar el mundo externo. Si el alma conoce lo verdadero y lo bello, y lo justo, es que conoce objetos invisibles, incorpóreos y eternos. Estos son actos u operaciones espirituales. Luego, si el alma tiene operaciones espirituales es porque ella es espiritual, de lo contrario las operaciones (efecto) serían superiores a ella (o sea la causa).

2) *El alma es libre*, porque puede elegir entre diversos males y bienes, obrar el bien u obrar el mal. Nues-

tra *conciencia* es testigo, y nos sentimos responsables, y somos conocedores del vicio y de la virtud, del premio y del castigo, sanciones en las que descansa la ley moral.

3) *El alma es inmortal*, porque es espiritual, y porque Dios infinitamente justo nos ha revelado una vida futura con dicha y castigo eterno. La vida del alma no depende de la vida del cuerpo, y sobrevive a éste.

La Biblia nos habla de la inmortalidad del alma.

Cristo nos dice: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma*... (*Mt* 10, 28). Al buen ladrón le dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (*Lc* 23, 43). La historia del rico epulón y del pobre Lázaro nos habla también de la inmortalidad del alma (*Lc* 16, 19).

Además en *Mt* 22, 32, leemos: que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, no es Dios de muertos, sino de vivos. Como estos patriarcas ya habían muerto varios siglos antes de Cristo, al decir que El es Dios de *vivos*, es que sus almas siguen viviendo, y por tanto, son inmortales.

El alma del hombre no puede dejar de existir, es imperecedera por su naturaleza, aunque Dios puede aniquilarla si quisiere.

San Agustín dice: El alma puede morir y no morir. No puede morir, porque nunca puede perder la conciencia de sí, pero puede morir, porque puede perder a Dios, es decir, deja de vivir vida sobrenatural cuando, por el pecado mortal, *pierde la gracia*.

El alma tiene dos modos de vida: natural y sobrenatural. La vida natural la conserva, mientras la sobrenatural, que es la vida de la gracia, la puede perder por el pecado mortal.

Finalmente, tenemos como prueba de la inmortalidad del alma, la creencia en ella de todos los pueblos de la tierra, y por eso veneran los muertos y ofrecen oraciones y sacrificios.

Presentamos esta doctrina a todos tal como nos la enseña el Magisterio de la Iglesia. Nuestros primeros padres, Adán y Eva, vivían como los ángeles en el paraíso, según dice San Juan Crisóstomo, y bien podemos decir con el Salmista lo que dice David al Señor: *Hiciste al hombre poco inferior a los ángeles, le coronaste de gloria y honor* (*Salm* 8, 6).

Las tradiciones antiguas de griegos y romanos llaman al primitivo estado del hombre Edad de oro, y Hesíodo, poeta griego del siglo VIII a. C. dice que la primera raza humana vivía como los dioses, en una perfecta felicidad.

Adán y Eva, según la Biblia, fueron creados por Dios adultos y en un estado de felicidad privilegiada.

Ellos estaban dotados de gracia santificante. Así nos lo dice el Concilio de Trento (*Dz* 788) y de hecho San Pablo nos lo enseña así al decirnos que Cristo, el segundo Adán, ha restaurado lo que el primero había echado a perder, a saber: el estado de santidad y justicia, y si Adán lo perdió, tuvo que poseerlo antes (*Rom* 5, 11 ss.; *Efes* 1, 10; *1 Cor* 6, 11; etc.).

Además gozaban de estos dones: ciencia infusa, integridad o inmunidad de concupiscencia, inmortalidad...

Los dones primitivos eran hereditarios

Adán no sólo recibió la gracia santificante y demás dones para sí, sino para transmitirlos a sus descendientes. Así lo afirma el Conc. de Trento al enseñarnos que no sólo perdió para sí la santidad y justicia o gracia santificante, que había recibido de Dios, sino que la perdió también para nosotros (*Dz* 789).

Los santos Padres comentan que recibimos nosotros como descendientes de Adán la gracia de Dios y la perdimos por el pecado.

«Creemos que en Adán todos pecaron, lo cual quiere decir que la falta original cometida por él hizo caer a la naturaleza humana, común a todos los hombres, en un estado en que experimenta las consecuencias de esta falta y que no es aquel en que se hallaba la naturaleza al principio en nuestros padres, creados en santidad y justicia y en el que el hombre no conocía ni el mal ni la muerte.

Esta naturaleza humana caída, despojada de la vestidura de la gracia, herida en sus propias fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte se transmite a todos los hombres y en este sentido todo hombre nace en pecado.

Sostenemos, pues, con el Concilio de Trento que el pecado original se transmite con la naturaleza humana «no por imitación, sino por propagación», y que, por tanto, «es propio de cada uno». (*Credo del Pueblo de Dios*).

La historia del pecado original se nos refiere en la Biblia. Sometidos a una prueba, fueron tentados y traspasaron el mandato de Dios. El demonio se apareció a Eva en figura de serpiente y la tentó, comió de la fruta prohibida y ésta sedujo a Adán y pecaron: *Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo* (*Sab* 2, 23).

El pecado de nuestros primeros padres pasa, con todas sus malas consecuencias (*Gén* 3, 17 ss.) a todos sus descendientes (Conc. Trento 5, 2), quedando sujetos por el pecado al dolor y a la muerte.

Adán era cabeza moral y jurídica del género humano, y por eso su pecado pasó a sus descendientes con todos sus malos efectos. *Todos pecaron en Adán* (*Rom* 5, 12).

La *esencia de este pecado* consiste en la privación de la gracia santificante (y no en la concupiscencia como algunos han dicho). Y se llama *original* para indicar que no lo cometimos personalmente, sino que lo heredamos de Adán, origen del género humano.

Una excepción. Sólo la Virgen María quedó preservada del pecado original, para darnos el Redentor. Ella es LA INMACULADA.

Cuarta parte

DIOS REDENTOR

CAÍDA Y RECONCILIACIÓN DEL HOMBRE

«Creemos en Nuestro Señor Jesucristo, que es el Hijo de Dios... Se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María y se hizo hombre... Habitó entre nosotros, con plenitud de gracia y de verdad... Padeció en tiempos de Poncio Pilato, como Cordero de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo, y murió por nosotros en la cruz, salvándonos con su sangre redentora...» (*Credo del Pueblo de Dios*).

Idea general preliminar

El primer hombre, Adán, perdió, por el pecado, para sí y para sus descendientes la primera santidad y justicia o sea la gracia santificante y los bienes con ella unidos.

Por la pérdida de la gracia, que es la vida sobrenatural del alma, el hombre quedó debilitado y dejado a sus propias fuerzas, ya no podía conseguir el fin sobrenatural al que estaba destinado.

Si el hombre *caído* no puede por sí mismo recuperar la vida de la gracia y ponerse así en amistad con Dios, ¿quién podrá ayudarle a recuperarla?

Reconciliación del hombre con Dios

Mientras la iniciativa del pecado partió del hombre, la

iniciativa de la reconciliación partió de Dios misericordioso, de Dios Padre, que quiso reconciliarnos por medio de su Hijo Jesucristo, en el que estaba anunciado que *serían benditas todas las naciones de la tierra* (*Gál* 3, 16), y para esto vino a la tierra.

La encarnación del Hijo, es decir, el que El tomara carne pasible y mortal, para dar así a Dios una satisfacción conveniente por la caída de Adán, y con su pasión y muerte dar a su Padre una compensación infinita por la injuria que le había inferido el pecado, es un gran misterio que no tiene otra explicación que el amor:

Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que el que crea en El no perezca..., sino que sea salvo por El (*Jn* 3, 16-17).

El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados (*Col* 1, 13-14).

Jesucristo es nuestro Salvador y reconciliador

Jesucristo, el Redentor prometido en el paraíso a nuestros primeros padres, *vino a este mundo a salvar a los pecadores* (*1 Tim* 1, 15).

Isaías profetizó su venida diciendo: *El mismo* (Dios) *vendrá y os salvará* (35, 4).

El símbolo Nicenoconstantinopolitano nos lo dice así: «Por nosotros y por nuestra salvación, descendió de los cielos y se encarnó» (*Dz* 86).

Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (*Rom* 5, 10).

¿Cómo realizó Jesucristo nuestra redención?

Jesucristo realizó nuestra redención o liberación de las consecuencias del pecado original:

1) *Con su doctrina*, o sea, con la luz del Evangelio iluminando nuestro entendimiento.

2) *Con sus mandamientos y promesas,* inclinando nuestra voluntad hacia el bien, y

3) *Con el sacrificio de la cruz,* ganándonos los medios por los que alcanzamos la gracia santificante, que nos hace hijos de Dios y herederos del cielo.

Antes de hablar de *la Encarnación* y del nacimiento eterno y temporal del Hijo de Dios, hablaremos brevemente:

1.° De la promesa del Redentor.
2.° De la preparación para su venida.
3.° Cuándo y dónde vivió el Salvador.
4.° Jesús de Nazaret es el Mesías y Salvador.
5.° Resumen de su vida.

1.° Promesa del Redentor

Dios que no perdonó a los ángeles que pecaron (2 *Pdr* 2, 4), quiso perdonar al hombre caído, sin duda porque no era tan digno de castigo como los ángeles, por no tener tan perfecto conocimiento como ellos, y porque uno de ellos le había seducido.

El Protoevangelio o primera promesa de redención

El «protoevangelio» es el anuncio de la «primera buena nueva» al hombre caído, o sea, la promesa de redención o triunfo sobre los poderes del mal.

Inmediatamente *después del primer pecado,* Dios se compadece y anuncia que el diablo sería vencido y vendría un Redentor, y así dijo a la serpiente (la que servía de máscara al diablo tentador):

Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, éste te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañal (*Gén* 3, 15).

En este pasaje mesiánico confirmado por la tradición cristiana y la exégesis judía, se nos habla de una «enemistad perpetua» «entre ti y la mujer», esto es, entre el

demonio con sus seguidores y la mujer con su descendencia.

La Iglesia ha visto en esta mujer a una hija de Eva, la Virgen María, «la Inmaculada»; entre el diablo y ella existía una verdadera enemistad, pues no estuvo jamás sujeta al pecado, como lo estuvo Eva.

El descendiente de la Virgen María es Cristo «en el que serían benditas todas las naciones de la tierra» (*Gál* 3, 16), y quien al fin de los tiempos aplastará o destruirá totalmente el imperio de Satanás. María es «la Inmaculada», la exenta de pecado original.

Otras promesas

Muchos siglos antes de Jesucristo existió un libro, la Biblia, en el que había vaticinios o predicciones acerca de Jesucristo, hechas por diversos profetas y se cumplieron en El con todos los detalles.

1) Casi 2.000 años antes de Cristo, Dios prometió a Abraham que el Salvador nacería de su descendencia (*Gén* 3, 1-3; *Gál* 3, 16).

2) La promesa hecha a Abraham, la hizo Dios de nuevo a su hijo Isaac (*Gén* 26, 2-4) y luego a Jacob (28, 12-14).

3) El mismo Jacob profetizó que la casa de Judá perdería el cetro cuando llegase el Mesías (*Gén* 49, 10).

4) El profeta Miqueas anunció que nacería en Belén de Judá (5, 2), lo que quedó confirmado (*Mt* 2, 5).

5) Isaías dijo 800 años antes que nacería de una Virgen (7, 14) y luego se cumplió (*Mt* 1, 22-23).

6) Sería a un mismo tiempo Dios y Hombre y además gran obrador de milagros: *Su nombre será: Admirable, Consejero, Dios* (*Is* 9, 6). *El mismo Dios vendrá y nos salvará* (*Is* 35, 4-6)...

7) Al Mesías precedería un Precursor (*Is* 40, 3-4) y este Precursor fue Juan Bautista (*Mt* 3, 1).

8) Zacarías profetizó acerca de su pasión y dijo que entraría sentado en un asnillo y vendido por treinta monedas de plata (*Zac* 9, 9; 11, 12-13; *Mt* 27, 5-7).

9) El Mesías sería burlado, sobre su vestidura echarían suertes, sus pies y manos serían taladradas (*Salm* 22).

10) Sería abofeteado y escupido y moriría entre malhechores, sería manso como un cordero y rogaría por sus enemigos y moriría en satisfacción por nuestros pecados (*Is* 53). Y le darían a beber hiel y vinagre (*Salm* 69, 22). Y todo se cumplió (*Mc* 15; *Mt* 27, 34, 67).

11) Su cuerpo no conocería la corrupción (*Salm* 16, 10).

12) En todas las partes del mundo se le ofrecería un sacrificio limpio y puro (*Mal* 1, 11)...

Estas y otras muchas profecías que vemos en el A. T. se ven luego cumplidas en el Nuevo, y todas ellas son una gran prueba de que Jesucristo es el Mesías esperado y que El es Dios.

2.° Preparación para la venida del Salvador

Dios escogió para sí un pueblo peculiar y lo fue preparando para recibir al verdadero Mesías, Salvador de los hombres. Este pueblo escogido fue la descendencia de Abraham y se llama el pueblo de Israel o judío.

Dios lo preparó, exponiéndole a duras pruebas, dándole severas leyes, haciendo ante ellos muchos milagros y enseñándole por sus profetas. He aquí un breve resumen de la historia del pueblo judío:

1) LA HISTORIA DE ISRAEL, el pueblo escogido, empieza con la vocación de Abraham

Hacia el año 1850, Dios llamó a Abraham y le condujo a Palestina. Tuvo un hijo, Isaac, y de éste nació Jacob, llamado también «Israel», el cual tuvo doce hijos, cabeza de las doce tribus; *José*, uno de ellos, fue gobernador o virrey de Egipto, a donde llamó más tarde a su padre y hermanos y les dio la fértil tierra de Gessén.

Allí se multiplicaron rápidamente los hebreos o israelitas y tuvieron mucho que padecer de los reyes de Egipto.

2) Bajo el mando de *Moisés* salieron los israelitas de Egipto y peregrinaron cuarenta años por el desierto de Arabia. Allí los sustentó Dios con el maná y recibieron en el Sinaí *los diez Mandamientos de Dios*...

3) A Moisés le sucedió *Josué*, que introdujo a Israel en la Tierra de Promisión, la que fue distribuida entre las doce tribus; pero aún tuvieron que pelear durante más de doscientos años contra sus enemigos, acaudillados por *los jueces*, hombres de valor, que Dios suscitó, destacándose entre otros: Gedeón, Sansón y Samuel, el último de ellos.

4) Después de los Jueces, los israelitas fueron gobernados por reyes, a saber: *Saúl, David y Salomón* (1070-1030 a. C.).

5) A la muerte de Salomón, el reino se dividió en dos: el de *Israel*, al Norte (930-722), y el de *Judá*, al Sur (930-586). A Salomón le sucedió su hijo Roboam, al que le fueron fieles sólo las tribus de Judá y Benjamín. Las otras diez tuvieron por rey a Jeroboam.

6) Los reyes de ambos reinos, así como el pueblo, se fueron apartando progresivamente de Dios para entregarse a la idolatría, y Dios hizo que ambos fueran destruidos, y sus habitantes llevados al *cautiverio*. Las tribus del Norte fueron llevadas a Nínive, y las dos del Sur a Babilonia.

7) El año 538 a. C. el rey persa Ciro conquistó Babilonia y permitió a los judíos que volvieran a su patria y reedificaran su templo en Jerusalén. Y al mando de Zorobabel regresaron unos 50.000, como puede leerse en el libro de Esdras.

8) Después de la cautividad de Babilonia, los judíos repatriados en Palestina vivieron casi siempre en paz durante unos doscientos años bajo el dominio de los sucesores de Ciro, o sea, de los persas. Después, en el año 322 cayeron bajo el poder de Alejandro Magno, rey

de Macedonia, y más tarde, en 198, fueron sometidos por Antioco Epifanes IV. Este persiguió a los judíos por su religión e hizo varios mártires.

9) *Guerra de la independencia judía.*—Un grupo de valientes y fervorosos judíos formó una organización de resistencia ante las profanaciones de Antioco, al frente de los cuales fue puesta una familia, la de los «Macabeos», y así recobraron los judíos la libertad y fueron regidos unos ochenta años por reyes de su nación (143 al 63 a. C.), cayendo después bajo el poder de los romanos.

10) El año 39 a. C. los romanos pusieron por rey de Judea a Herodes el Grande. Así «faltó el cetro de Judá», en cuyo tiempo vino el Mesías, que nace en Belén.

Herodes mandó matar a los niños inocentes y murió el año 3 antes de nuestra era (750 de la fundación de Roma). Le sucedió su hijo Herodes Antipas, el que degolló a San Juan Bautista y burló al Señor. A éste le siguió un nieto de Herodes el Grande, Herodes Agripa, el que mandó cortar la cabeza a Santiago Apóstol y encarcelar a San Pedro, y fue en vida comido de gusanos.

El año 70 de nuestra era, Jerusalén fue destruida por los romanos mandados por Tito, siendo después los judíos dispersos por toda la tierra (los que Dios volverá a juntar al fin de los tiempos y los convertirá, según los dichos de los profetas).

Esperanza de un Salvador

Antes de que viviese el Salvador, Dios permitió que todos los pueblos de la tierra llegasen a un estado miserable, que les hiciera desear con más anhelo al Redentor.

De esta esperanza se hallan vestigios en poetas latinos, como Virgilio y Horacio, que hablan del Hijo de la Virgen, y, entre los griegos, ya Sócrates expresó la esperanza de un Mediador, que viniera del cielo y nos enseñara claramente nuestros deberes para con Dios y los hombres, y al fin vino a la tierra por medio de la Virgen María y nació sobre unos cuatro años antes de nuestra Era.

3.ª ¿Cuándo y dónde vivió el Salvador?

La era cristiana

La era cristiana es el período histórico que empieza con el nacimiento de Cristo, a partir del cual se cuentan los años.

La era cristiana se llamó también «era dionisiana», porque un monje escita, llamado Dionisio el Exiguo (que murió en el año 556) tuvo la idea feliz de poner en el centro de la historia universal la fecha del nacimiento de Cristo, porque en realidad El es el centro de todos los tiempos, pues vino *en la plenitud de ellos* (*Gál* 4, 4).

Según los estudios que se han hecho, y teniendo en cuenta que Jesucristo nació al final del reinado de Herodes el Grande (*Mt* 2, 1 ss.), y que este rey murió como lo atestigua Flavio Josefo (*Antigüedades Judaicas* XVII) el año 750 de la fundación de Roma..., parece ser que la fecha más exacta del nacimiento de Cristo es el año 748 de la fundación de Roma, y por tanto unos cuatro años o cinco antes de la era dionisiana, o sea, de nuestra era cristiana.

Diversos pueblos han partido de otras fechas reales o hipotéticas, para el cómputo de los años. Así, el año 1975 de la Era Cristiana corresponde al año 5736 de la *Era Judaica* (creación del mundo)...

Según lo dicho, hace poco más de 1970 años que vivió el Salvador en la tierra.

¿Cómo se llama el tiempo anterior y posterior a Cristo?

El tiempo anterior a Cristo se llama, de ordinario. el «Antiguo Testamento» o Antigua Alianza, y el posterior a Cristo, «Nuevo Testamento» o Nueva Alianza.

Testamento viene a ser como declaración de la voluntad, disposición de una herencia, para caso de muerte, porque en uno y otro tiempo declaró Dios su voluntad a los hombres, y les señaló una herencia para el caso de la muerte del Salvador, herencia que se les daría en

virtud de su muerte: a los judíos se les aseguraba la herencia de la Tierra prometida, y a los cristianos la herencia del cielo.

1) *El tiempo anterior a Cristo* llamamos «Antigua Alianza», por los pactos que Dios hizo con varios patriarcas, como Noé, Abraham y con todo el pueblo en el Sinaí, por medio de Moisés, donde el pueblo prometió cumplir la Ley, y Dios le prometió su protección y bendiciones. Este pacto se confirmó con la sangre de animales.

2) *El tiempo después de Cristo* llamamos «Nueva Alianza», porque Dios, por medio de su Hijo, prometió a los hombres que vivimos en él, la santificación y vida eterna, si cumplimos con los dos mandamientos del amor. Este pacto se selló con la sangre de Cristo.

También se llaman «Antiguo Testamento», los libros sagrados escritos antes de Cristo, y «Nuevo Testamento», los que se escribieron después de El, y se llaman así propiamente, porque en ellos se contiene la voluntad de Dios y se nos habla de esta alianza y se nos certifica nuestra herencia.

El Salvador vivió en Palestina

Acerca del nombre de «Palestina» hay que notar: que se llamó al principio «Cánam», y más adelante «Judea», y también «Tierra de Promisión», o sea, prometida por Dios a Abraham y a su descendencia. Además se llama «Tierra Santa» por haber sido santificada por la vida de Cristo, ya que en ella nació, vivió, murió y resucitado subió al cielo. Hoy está allí formado el «Estado de Israel».

Situación de Palestina

Palestina está situada en la costa oriental del Mediterráneo y se extiende a una y otra orilla del río Jordán, y comprendía cuatro provincias: Al Oeste del Jordán:

Judea al Sur, *Samaría* en el centro y *Galilea* al Norte; al Este del Jordán, la *Perea* con *Iturea* y *Traconitis.*

La ciudad más importante de Palestina era *Jerusalén* y también lo es en la actualidad, la cual está asentada sobre el monte *Sión,* donde se levantó majestuosa la ciudadela de David y donde tuvo lugar la última Cena del Señor. Este monte es el más alto. También está asentada sobre el llamado monte *Moria,* donde iba a ser sacrificado Isaac y donde luego se emplazó el Templo. Al Oeste del Moria está el *Calvario* o Gólgota, donde el Señor fue crucificado (en tiempo de Jesús estaba fuera de la ciudad y hoy queda como en el centro, y no pasa de ser una colina cubierta por la Basílica y otras construcciones. En la parte oriental está el monte de los Olivos con el Huerto de Getsemaní...

Además de Jerusalén, son dignas de atención *Nazaret* y *Belén* y otras ciudades (se pueden señalar en el mapa).

4.° Jesús de Nazaret es el Salvador o el Cristo

El nombre de «Jesús»

JESÚS es el Salvador esperado, el Redentor del género humano, el que Dios había prometido a Adán en el paraíso..., y el que anunció por los profetas...

JESÚS significa SALVADOR. *Le pondrás por nombre «Jesús», porque salvará a su pueblo de sus pecados* (*Mt* 12, 1). *María, de la cual nació* JESÚS, *por sobrenombre* CRISTO (*Mt* 1, 16).

CRISTO significa «ungido» (en hebreo MESSIAS, y en griego CHRISTOS), unidos los dos nombres «Jesús» y «Cristo» lo llamamos también JESUCRISTO, y así una vez lo llamamos «Jesús», otras veces «Cristo», otras Jesucristo, y otras simplemente «el Señor» (que en el A. T. equivale a «Dios»).

Jesús de Nazaret es el Mesías

1.° Jesús es el Mesías porque El fue el anunciado por medio de los profetas en el A. T. y en El se cumplieron las profecías: Compárense las siguientes:

— *Miqueas* (5, 2) (escrita 7 siglos antes) con *Mt* 2, 5-6.

— *Isaías* (7, 17) (escrita ocho siglos antes) con *Mt* 1, 22-23.

— *David* (mil años antes) *Salm* 22, 19 con *Jn* 19, 24.

— *Zacarías* (9, 9) (5 siglos antes) con *Mt* 21, 4-5).

San Mateo muestra en su Evangelio que en Cristo se cumplen las profecías del A. T. y se vale de la expresión: *Esto sucedió para que se cumpliera lo que estaba escrito, etc.* (Véase *Mt* 1, 22-23...).

2.° Jesús hizo notar varias veces que las Escrituras hablaban de El (*Jn* 5, 39; *Lc* 18, 31; 24, 26).

3.° El mismo Jesús se llamó a sí mismo Mesías, v. g. en el coloquio con la Samaritana (*Jn* 4 ,25) y ante el tribunal del sumo sacerdote Caifás (*Mt* 26, 64).

4.° También los «ángeles» en su nacimiento lo anunciaron como Salvador (*Lc* 2, 10). Además, es el Mesías por la duración del reino fundado por El en la tierra, o sea, su Iglesia (*Hech* 5, 38).

5.° Resumen de la vida de N. S. Jesucristo

Jesucristo vino a este mundo por medio de la Virgen María y conforme a las profecías del A. T., y por lo mismo, de El podemos decir que ya estaba escrita su vida antes de nacer.

1) El nacimiento de Cristo *fue anunciado* en Nazaret a la Virgen María por el arcángel San Gabriel (*Lc* 1, 25) y se encarnó de modo milagroso (*Mt* 1, 18 ss.; *Lc* 1, 26 ss.).

2) Nació en Belén de Judá, como estaba anunciado (*Mt* 2, 5-6) y con motivo de haber ido sus padres a empadronarse allí según el edicto dado por el emperador Augusto (*Lc* 2, 1-7).

3) Y nació de una Virgen, según lo tenía dicho 800 años antes el profeta Isaías, y dicha Virgen fue María (*Is* 7, 14; *Mt* 16; 1, 22-23).

4) *A unos pastores* fue anunciado este nacimiento por un ángel..., y luego a unos *magos*, hombres ilustres del Oriente que venían guiados por una estrella... A los ocho días de nacer fue circuncidado, según prescribía la Ley de Moisés, y se le puso por nombre JESÚS, que significa «Salvador».

5) *Matanza de los inocentes.* El rey Herodes mandó dar muerte a todos los niños menores de dos años que hubiese en Belén y sus cercanías, porque quería matar al Niño Jesús, al saber que era llamado por los magos «rey de los judíos» y temía ser destronado; pero un ángel avisó a San José, padre virginal y adoptivo de Jesús, para que huyese a Egipto y allí estuvo con la Santísima Virgen y el Niño un año o dos hasta que murió Herodes, y luego regresó a Nazaret.

6) *Vida oculta de Jesús.* En Nazaret pasó casi treinta años (*Lc* 3, 23), y cuando tenía doce subió al Templo con sus padres, y al tercer día lo hallaron en el mismo Templo disputando con los doctores de la Ley, admirados todos de sus respuestas y de su doctrina. «Jesús estuvo sujeto a sus padres (en estos años) y crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres», es decir, cada día daba más muestras al exterior de la ciencia y virtud que poseía. El fue modelo en la obediencia, en el trabajo, vida oculta y se ejercitó en el oficio de carpintero.

7) *Vida pública.* Duró poco más de tres años y recorrió Judea, Samaría y Galilea. Reunió 72 discípulos, de entre los cuales escogió a 12 a los que llamó «apóstoles» y con ellos fundó su Iglesia, poniendo por Jefe supremo a Pedro.

Dio enseñanzas admirables sobre Dios y su Providencia, sobre el amor a Dios y al prójimo, y habló del amor a los enemigos, del perdón de las injurias, de la oración y exhortó a todos a la perfección...

Expuso parábolas sublimes ante el reino de Dios, y de la misericordia: hijo pródigo..., buen samaritano...

Jesús obró muchísimos milagros: Conversión del agua en vino en las bodas de Caná, pesca milagrosa, multiplicación de panes, curación de paralíticos, cojos y ciegos. Resucitó al hijo de la viuda de Naín, a la hija de Jairo, a Lázaro.

8) Apareció como un gran profeta, anunciando de antemano su pasión, su muerte y su resurrección..., la dispersión de Israel y la destrucción de Jerusalén...

Sufrió una pasión ignominiosa pero quiso padecer por todos los hombres y expiar nuestros pecados, y resucitó para nunca más morir, demostrando en todo momento que El era Dios, y así al dejarse apresar en el Huerto de Getsemaní cuando estaba orando, les dijo a los que le iban a prender y preguntaron por El: «Yo soy», y al decir estas palabras cayeron todos en tierra, como diciéndoles, si quisiera podíais quedar aquí muertos, pero les añadió: «Esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas...», convenía que se cumplieran las Escrituras...

Cristo murió crucificado y al tercer día de su muerte, resucitó.

9) Después de su resurrección vivió unos cuarenta días entre los hombres y desde el Monte de los Olivos, una vez que bendijo a sus apóstoles y les dio el mandato de predicar el Evangelio a todas las gentes, subió al cielo.

10) A los diez días de su Ascensión envió el Espíritu Santo, según lo tenía prometido, y les dijo que estaría con ellos hasta el fin del mundo, y que desde el cielo volvería para juzgar a todos los hombres.

(Para conocer con detalle la VIDA DE JESUCRISTO leamos frecuentemente los Evangelios).

¿Quién es Jesucristo?

JESUCRISTO es el Salvador del mundo, nuestro Redentor, el Hijo de Dios hecho hombre y, por tanto, DIOS.

— JESUCRISTO es una persona histórica, de la que nos hablan los cuatro Evangelios y todos los libros del Nuevo Testamento (e incluso los del Antiguo), y multitud de escritores, no sólo cristianos, sino también paganos, como Tácito, Suetonio, Plinio el Joven, el historiador judío Flavio Josefo, contemporáneo de Jesucristo y otros más.

Las principales cuestiones que vamos a exponer primeramente son éstas:

1.° La Encarnación del Hijo de Dios.
2.° Verdades que se infieren de este misterio.
3.° Jesucristo es el Hijo de Dios.
4.° Jesucristo es Dios.

1.° La encarnación del Hijo de Dios

Al principio era el Verbo y el Verbo era Dios... y el Verbo se hizo carne (*Jn* 1, 1, 14). *El ángel Gabriel fue enviado de parte de Dios... y le dijo*: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo... El Espíritu Santo vendrá sobre ti...* (*Lc* 1, 26 ss. *después*) *se halló haber concebido María del Espíritu Santo* (*Mt* 1, 18).

¿Qué es la Encarnación?

La Encarnación es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre.

El profeta Isaías tenía anunciado que el mismo Dios

en persona *vendrá y os salvará* (35, 4), y de hecho nos dice San Pablo: *Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores* (*1 Tim* 1, 15).

Jesucristo, pues, ha bajado en realidad a la tierra y ha tratado con los hombres. El, el Hijo de Dios, que es la segunda Persona de la Santísima Trinidad es la que se hizo hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.

¿Cuándo se verificó la Encarnación?

La Encarnación tuvo lugar en el instante en que la Virgen respondió al ángel: *Hágase en mí según tu palabra* (*Lc* 1, 38). «Esta palabra de María, dice San Bernardo, es la que hizo bajar del cielo a la tierra la Palabra de Dios». Entonces *el Verbo* (la Palabra del Padre) *se hizo hombre y habitó entre nosotros* (*Jn* 1, 14).

«El Hijo de Dios tomó cuerpo y alma humanos, como *vistiéndose* de nuestra naturaleza, para podérsenos manifestar en la tierra a la manera que nosotros nos vestimos de una conveniente vestidura, cuando queremos salir de casa y tratar con las gentes.

En su encarnación hizo Dios como el sol, que se rodea de nubes para que puedan contemplarle los ojos mortales, los cuales de otra suerte quedarían deslumbrados. Dios se rodeó con la nube de nuestra carne para poder ser considerado por nuestros flacos ojos carnales» (*Cat.* F. SPIRAGO).

¿Tuvo Jesucristo cuerpo aparente?

No tuvo cuerpo aparente como lo tomaron algunas veces los ángeles, sino real, pues lo recibió de la Virgen María, y así San Pablo dice: *fue formado de una mujer* (*Gál* 4, 4, y es, según la carne, descendiente de David (*Rom* 1, 3). Cristo mismo confirmó la realidad de su cuerpo al resucitar con estas palabras:

Palpad y ved; que un espíritu no tiene carne ni huesos como véis que yo tengo (*Lc* 24, 3, 9).

El cuerpo de Jesucristo estuvo sujeto como el nuestro al dolor y a la muerte, y así vemos que tuvo hambre, sed, cansancio, sufrió y murió. Si hubiera tenido sólo

cuerpo aparente no hubiera podido padecer ni redimirnos.

Sólo el Hijo de Dios se hizo hombre

En Dios hay tres Personas y una esencia común a las tres divinas Personas. No se encarnó la divina esencia porque entonces las tres divinas Personas se hubieran encarnado. Ni se cambió o inmutó por la unión la divina esencia, porque es inmutable.

Dios (una divina Persona, el Hijo) es hombre, no la Divinidad, se hizo humanidad. Con todo, la naturaleza divina quedó íntimamente unida con la humana, en la Persona divina del Hijo, de manera que una misma Persona es hombre y Dios.

El Espíritu Santo, ¿es Padre de Jesucristo?

Alguno ha dicho que por ser Jesucristo concebido por obra del Espíritu Santo, se debiera decir que el Espíritu Santo es el Padre de Jesucristo en cuanto hombre.

Más no es así, porque para ser padre, no basta hacer una cosa, sino que es menester hacerla de su propia substancia; y por eso nosotros no decimos que el albañil sea padre de la casa que hace, porque la hace de ladrillos, y no de su propia carne; de manera, que si bien es verdad que el Espíritu Santo hizo el cuerpo del Hijo de Dios, no obstante le hizo de la carne de la Virgen, y no de su propia substancia; y así el Hijo de Dios no es Hijo del Espíritu Santo, mas *es Hijo de Dios Padre en cuanto Dios,* porque de El tiene la divinidad y la tiene desde la eternidad, o sea, desde siempre, y *es Hijo de la Virgen en cuanto hombre,* porque de ella quiso nacer en el tiempo y de ella tiene su carne.

La Encarnación es obra de las tres divinas Personas

Aunque se diga que esta obra de la Encarnación se hizo por obra del Espíritu Santo, es menester reconocer

que todas las obras exteriores de Dios se hacen por la divina Omnipotencia, que es común a las tres Personas, y siendo todas las obras de Dios comunes a las tres Personas divinas, también lo es la Encarnación.

Las tres Personas formaron el cuerpo humano de Cristo y su alma y los unieron entre sí y con la segunda Persona divina. Como si tres hermanos vistieran a uno de ellos con una preciosa vestidura, así las tres Personas divinas vistieron a una de ellas con la vestidura de la naturaleza humana.

Conviene recordemos aquí la doctrina de la apropiación. Los Tres colaboran. Es obra de los Tres, pero de distinto modo: El Padre decretando y enviando, el Hijo asumiendo una carne y el Espíritu vivificando, realizando la Unión, al vivificar con Vida divina una carne.

El Padre de Jesús es, pues, Dios en el cielo; José, el esposo de María, es sólo padre adoptivo o nutricio de Cristo.

Como dice San Gregorio Magno: Cristo es Hijo de Dios, no sólo por ser la segunda Persona de la Santísima Trinidad, sino también porque Dios mismo formó su humanidad santísima.

2.° Verdades que se infieren de este misterio

1.ª Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre

Cristo es a la vez verdadero hombre y verdadero Dios, y por eso se llama *el Hombre-Dios*.

Cristo es verdadero Dios (como luego demostraremos), y es a la vez *verdadero hombre*, que tiene su genealogía (*Mt* 1, 1 ss.), y desciende de David según la carne (*Rom* 1, 3), y tiene verdadero cuerpo humano (*Lc* 24, 39) y hambre y sed y sufre, etc.

Todo ser recibe la naturaleza o esencia de quien tiene el origen. El niño recibe la naturaleza humana del hombre de quien nace. Así Cristo, por su divina generación, recibió del Padre en la eternidad la naturaleza divina, y por su origen de María recibió en el tiempo la naturaleza humana.

Dios obró siempre, como dice San Agustín, de suerte, que se le hubiera de tener por Dios y por hombre.

2.ª *En Cristo hay dos naturalezas*

En Cristo hay dos naturalezas, una divina y otra humana que se unen «en una sola Persona» (Conc. Calc. a. 451).

Por eso decimos que «la Encarnación es la unión de la naturaleza humana con la divina en la Persona del Verbo».

Debido a la unión tan íntima, indisoluble y personal (*hipostática*, la llaman los teólogos) de ambas naturalezas en el único Cristo o Verbo encarnado, podemos decir de El que es *pasible y temporal* por razón de su naturaleza humana, y que es *impasible y eterno* a la vez por razón de su naturaleza divina.

A Cristo se le atribuyen ya cualidades humanas, ya cualidades divinas, y El mismo se las atribuye:

El dice: *El Padre es mayor que yo* (*Jn* 14, 28); y en otro lugar: *El Padre y yo somos uno* (*Jn* 10, 30), esto es, por razón de la naturaleza humana es inferior al Padre, y por su naturaleza divina es igual al Padre.

También dijo: *Antes que Abraham fuera, existo yo* (*Jn* 8, 58). Por razón de la naturaleza divina, o como Dios que es, es anterior a Abraham (que había vivido casi unos 2.000 años antes que El), y por razón de la naturaleza humana, o como hombre, es posterior a Abraham y a la Virgen, de la cual quiso nacer.

Las dos naturalezas permanecen unidas sin mezclarse

Según dice la Escritura, Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, lo que quiere decir que es poseedor de una naturaleza divina y otra humana (*Jn* 1, 14; *Filip* 2, 6 ss.).

Mas estas dos naturalezas de Cristo, después de su unión, continúan poseyendo íntegro su modo propio de

ser sin transformarse ni mezclarse (Conc. IV de Calcedonia, a. 451; *Dz.* 143).

A la manera que una barra de oro y otra de hierro se pueden soldar, formando una sola barra sin que con todo el hierro se confunda con el oro, así se juntan las dos naturalezas en Cristo. No se transforma, pues, la naturaleza humana en divina, como el agua en vino en las bodas de Caná, porque lo finito (mudable) no puede convertirse en algo infinito (inmutable). Ni se confunde la Humanidad con la Divinidad, como una gota de miel se diluye en el mar, o un poco de cera se volatiza en el fuego. (Este fue el error de Eutiques, abad de Constantinopla, condenado en el Conc. dicho de Calcedonia).

Por esto tiene Cristo *dos entendimientos*, uno divino y otro humano, y *dos voluntades*, una divina y otra humana, aunque la humana está enteramente sometida a la divina (Conc. III Constantinopla, a. 680).

Esta doctrina está clara en la Biblia donde aparece que Cristo tiene voluntad humana por lo que dice en la oración del Huerto: *Padre no se haga mi voluntad, sino la tuya* (*Lc* 22, 42), y aparece la voluntad humana sometida a la divina, al decir: *Yo no busco mi voluntad, sino la del que me envió* (*Jn* 5, 30).

En Cristo no hay más que una memoria humana, porque en cuanto Dios no tiene memoria, ya que todo lo tiene presente.

3.ª En Cristo no hay más que una Persona

El dogma cristiano nos dice que la naturaleza divina y la naturaleza humana se hallan en Cristo unidas en unidad de persona, y por lo mismo las propiedades humanas y divinas de que nos habla la Escritura, se refieren al único Cristo o Verbo encarnado.

El Conc. de Calcedonia, como ya hemos dicho, es el que definió que las dos naturalezas de Cristo se unen «en una sola Persona y una sola hipóstasis» o unión substancial (*Dz* 148).

Pruebas de Sagrada Escritura:

1.° *Por el texto de Jn.* 1, 1, 14: Aquí vemos que el Verbo o Hijo de Dios, que «era Dios» se hizo carne, lo

que equivale a decir que sin dejar de ser Dios se hizo hombre, y por tanto, después de la encarnación, el Verbo posee la naturaleza humana y a la vez divina, y así del mismo supuesto o Persona se dice es verdadero Dios y verdadero hombre.

2.° Por el texto: *Antes que Abraham fuera existo yo* (*Jn* 8, 58). Esto nos dice que en Cristo hay una sola Persona divina y dos naturalezas. Por razón de la naturaleza divina o como Dios, existió antes que Abraham y antes de todos los siglos, y por razón de la naturaleza humana es posterior a él.

3.° En *Filip* 2, 6: Cristo que era en forma de Dios e igual a Dios, fue el mismo que tomó forma de siervo o naturaleza humana, haciéndose semejante a los hombres.

4.° En *Mt* 3, 17: ESTE *es mi Hijo amado...*

Como podemos notar en estos textos, de uno y un mismo supuesto o persona se dice que es verdadero Dios y verdadero hombre, y que las dos naturalezas de Cristo después de la unión continúan poseyendo íntegro su modo propio de ser sin transformarse ni mezclarse, pues la inmutabilidad de Dios excluye que la naturaleza divina pueda transformarse en naturaleza humana, y por eso decimos que Dios, sin dejar de ser Dios quedó hecho hombre.

***Objeción*:**

Si el Hijo de Dios al hacerse hombre tomó un cuerpo y un alma como los demás hombres, ¿por qué no hay dos personas en Cristo, una divina y otra humana, siendo así que la persona humana consta de cuerpo y alma?

***Respondemos*:**

Un cuerpo y un alma forman *una naturaleza completa,* y si hubieran existido un momento por sí mismas separadas del Verbo, hubieran constituido una persona humana; pero como en el momento de ser creados el cuerpo y el alma no subsistieron con derechos personales en sí y por sí separadas del Verbo, sino en el Verbo y por el Verbo, del cual nunca estuvo separada tal naturaleza completa, por eso en Jesucristo hay una sola Per-

sona, la del Verbo, con dos naturalezas perfectas, la divina y la humana, y por tanto dos voluntades, una divina y otra humana, como queda dicho.

Conclusiones

De la unión inseparable de la Persona divina con las naturaleza divina y humana de Cristo, se infieren estas verdades:

1) Cristo, también en cuanto hombre, es *verdadero Hijo de Dios*. Y así lo dice San Pablo: «Dios no perdonó *a su propio Hijo*, sino lo entregó por todos nosotros» (*Rom* 8, 32).

2) *María*, Madre de Cristo, es verdaderamente *Madre de Dios*. Al ser ella escogida por Dios para ser Madre de su Hijo, como este Hijo de María es Dios verdadero, síguese que ella es la Madre de Dios (Conc. Efeso. a. 431).

En *Gál* 4, 4, aparece Jesucristo como Dios y como hombre, y la Virgen como Madre de este Dios hombre desde el momento de su concepción. Si Jesucristo es Dios, ¿cómo no iba a ser la Virgen Madre de Dios?

3) *Cristo en cuanto hombre, no pudo pecar* (*1 Pdr* 2, 22). El tuvo desde su encarnación toda sabiduría y santidad (*Col* 2, 3) y en ellas no pudo crecer. Las palabras: *Jesús crecía en sabiduría, etc.* (*Lc* 2, 52) significan: A medida que Jesús crecía en edad, mostraba más en sus palabras y obras la sabiduría y gracia de Dios.

Cristo estuvo libre de todo pecado original y personal. Del original, porque éste se transmite por la generación paterna, y Cristo fue concebido de manera sobrenatural por virtud del Espíritu Santo. La *unión hipostática* y *la visión beatífica* o intuitiva de Dios nos hablan de su impecabilidad física y moral, por serle imposible apartarse del Padre.

4) La Humanidad de Cristo es *digna de adoración*. La adoración se refiere a la Persona divina. El niño que besa la mano de su padre, no honra precisamente la mano, sino a la persona de su padre. Nosotros adoramos

en Cristo la humanidad unida con la Divinidad, porque la una no puede separarse de la otra.

Así como la naturaleza humana de Cristo, toda entera, es objeto de culto latreútico, así también cada una de sus partes, especialmente su sacratísimo Corazón, es objeto parcial del mismo.

El fundamento teológico de la adoración está en la unión hipostática o personal, esto es, en que el Corazón de Jesús es adorado, no separadamente o desligado de la humanidad, sino «como el Corazón de la Persona del Verbo, con el cual se halla inseparablemente unido».

3.° Jesucristo es el Hijo de Dios

A la luz de la revelación divina, especialmente de los Evangelios, vemos que Jesucristo es el Hijo de Dios vivo (*Mt* 16, 16), que se hizo hombre por nosotros, para anunciarnos el reino de Dios, para redimirnos y hacernos hijos de Dios.

Jesucristo se llama ordinariamente, el «Unigénito Hijo de Dios», y El mismo se dio este nombre (*Jn* 3, 16). La Escritura no llama jamás al hombre Cristo hijo adoptivo de Dios, sino *hijo propio y unigénito de Dios* (*Rom* 8, 32). De esta manera se distingue de los ángeles y hombres en gracia, que también son hijos de Dios (no naturales, sino adoptivos). A ellos no les ha comunicado Dios su esencia (*Filip* 2, 6), y sólo por gracia los ha tomado en lugar de hijos (*Gál* 4, 5).

1) *Jesucristo es Hijo de Dios,* porque así lo atestiguó con juramento o ante el sumo sacerdote Caifás (*Mt* 26, 64), y San Pablo lo llama *Hijo propio de Dios* (*Rom* 8, 32).

2) *Dios Padre llamó a Jesucristo, Hijo suyo,* en el bautismo y en la transfiguración del Señor: *Este es mi Hijo amado* (*Mt* 3, 17; 17, 15).

3) *Hijo del Altísimo,* lo llamó el arcángel San Ga-

briel cuando anunció a la Virgen la Encarnación (*Lc* 1, 32).

4) *Hijo de Dios vivo,* fue llamado por San Pedro, y por esto fue alabado por Jesucristo (*Mt* 16, 16).

5) «¡*Jesús, hijo de Dios*! ¿Qué tienes con nosotros?» (*Mt* 8, 29). Así llamaron los mismos demonios a Jesucristo desde los posesos.

Si Jesucristo es «el Hijo de Dios», naturalmente es Dios, pues el *Hijo natural de Dios,* por recibir de El su esencia, *es Dios,* como el hijo natural de un hombre, es hombre.

4.° Jesucristo es Dios

Hubo un hereje en el siglo IV, llamado Arrio, que se atrevió a negar la divinidad de Jesucristo; mas su error fue condenado en el Concilio de Nicea (a. 325), el cual declaró que Jesucristo es consubstancial al Padre, es decir, que tiene la misma sustancia o esencia con El, y por tanto es Dios (*Dz* 54).

Arrio, sacerdote alejandrino, murió de repente, cuando se dirigía en triunfo a tomar posesión de la Iglesia de Constantinopla, reventando su cuerpo como el de Judas, a. 336.

Actualmente han surgido otros herejes en nuestros días que como Arrio niegan la divinidad de Jesucristo, y son los llamados «testigos de Jehová».

Importa mucho que tengamos ideas claras y una firme persuasión de la divinidad de Jesucristo, pues en esta convicción descansa nuestra fe.

Si tuviéramos a Jesucristo sólo por el más sabio de los hombres, la religión cristiana quedaría reducida a una humana invención. Mas si El es Dios, su religión es divina y sus doctrinas no pueden ponerse en duda. Por eso, cuando el joven rico dijo a Jesús: ¡*Maestro bueno*! *El le contestó*: ¿*Por qué me llamas bueno*? *Ninguno es bueno, sino sólo Dios* (*Lc* 18, 19), dándole a entender que ante todo le debía tener por Dios, sin lo cual nada le podría aprovechar.

Pruebas para demostrar que Jesucristo es Dios

1.° *Por el anuncio de los Profetas.*

— Isaías predice que el Mesías sería Dios: *El mismo Dios vendrá y os salvará* (35, 4).

— El Niño que había de nacer para la redención de los hombres sería el mismo Dios.

Los siguientes títulos aluden a su dignidad divina: «*Emmanuel*» = Dios con nosotros (*Is* 7, 14), *será llamado Admirable, Consejero, Dios, Príncipe de la paz...* (*Is* 9, 6).

— Daniel le aplica el atributo de la eternidad: *Su dominio es dominio eterno... Su imperio no tendrá fin* (7, 14).

2.° *Por las mismas palabras de Jesucristo*

1) Jesucristo se identifica con el Padre al decir:

— *Quien me ve a Mí, ve al Padre* (*Jn* 14, 9).

— *Yo y el Padre somos uno* = una misma cosa (*Jn* 10, 30), y según el contexto no se trata de una unidad moral, sino de una unidad física y de substancia, no de Persona, pues dice claramente: *Yo y el Padre* (Personas distintas) *somos una sola cosa.* Así lo entendieron los judíos, y por eso quisieron apedrearle (*Jn* 10, 33).

Se dirá: También la Escritura dice: *El Padre es mayor que yo* (*Jn* 14, 28); mas esto lo dijo por razón de su naturaleza humana, y así decimos: «Igual al Padre según la divinidad, y menor que el Padre según la humanidad» (Credo del Pueblo de Dios). Notemos que Cristo apareció como hombre entre los hombres, siendo Dios, y por razón de su naturaleza humana, como representante de los hombres, es Mediador ante el Padre.

2) Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad, exclusiva de solo Dios, y así dice:

a) *Padre..., con la gloria que tuve junto a ti antes que el mundo existiese* (*Jn* 17, 5). El, pues, existió antes que el mundo.

Jesucristo, dice San Pablo, es «el primogénito de toda

criatura». Muchos interpretan mal esta frase, pero el mismo apóstol nos la explica al decirnos que equivale a ésta: *El es antes que todas las cosas, pues todas fueron creadas por El y todas subsisten en El* (*Col* 1, 15-17).

Primogénito de toda criatura señala una autoridad sobre todas las criaturas, y no implica que haya sido creado, sino todo lo contrario, como *anterior a toda la creación.*

Nota:

Se dice de Jesucristo también *el primogénito de entre los muertos*, no porque haya sido el primero en morir, sino todo lo contrario: el primero en resucitar (1 *Cor* 15, 20), como convenía a quien, siendo «Cabeza del cuerpo que es la Iglesia» es menester que «*en todo tenga el primado*»... A Dios mismo se le llama también el «primogénito del mundo» porque El es antes de toda creatura y de toda creación, pues todo fue hecho por El.

Los mismos judíos reconocieron en las afirmaciones de Jesús que se proclamaba igual a Dios y por eso querían matarle (*Jn* 5, 18). «Hijo de Dios» era sinónimo de deidad, y de hecho el *Hijo natural de Dios*, es Dios, participa de su misma esencia, como el hijo natural de un hombre es hombre... Y Jesús dirá también a sus apóstoles: *Mi Padre y vuestro Padre*..., pero no dirá *nuestro* Padre y *nuestro Dios*... La expresión *Mi Padre y mi Dios* está dicha en sentido propio y único, porque sólo El con el Padre y no nosotros compartimos su esencia o naturaleza divina.

Como nota muy bien E. Danyans, Jesús dice «Mi Dios» como nosotros podemos decir «mi alma, mi espíritu, mi cuerpo», y mi alma y yo no somos cosas distintas, lo mismo que mi espíritu y yo, o yo y mi cuerpo, por formar una sola y misma naturaleza. La relación de Cristo con el Padre es única, exclusiva. Su naturaleza humana es la compartida por los apóstoles, pero no su naturaleza divina (Cfr. *Proceso a la «biblia» de los testigos de Jehová*, p. 160). La inferioridad del Hijo respecto del Padre es siempre por razón de su naturaleza humana.

b) *Antes que Abraham fuera*, YO SOY (*Jn* 8, 58).

He aquí otro texto en el que Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad.

Notemos que Abraham vivió unos 2.000 años antes de Jesucristo, y al decir El: *Antes que Abraham* YO SOY,

demostró que era Dios, pues por razón de su divinidad o como Dios que es, es anterior a Abraham y al mundo creado por El, y por razón de su naturaleza humana o como hombre es posterior a ellos.

Conviene notar que estas palabras YO SOY, son las mismas del *Exodo* (3, 14), o sea, el nombre de Dios revelado a Moisés en el A. T.: (El que se nombra) YO SOY, *me manda a vosotros*. Al aplicarse Jesucristo estas palabras, tenemos que se identifica con *Yahvé* = el que es, el ser por esencia, del cual dependen todos los seres creados, y por tanto El es Dios.

— Notemos que el nombre de Dios es propiamente EHYEH = YO SOY, como tenemos dicho, pues Dios habló a Moisés en Primera persona, y nosotros lo llamamos en tercera persona: YAHVE (o Jehová) = EL QUE ES. Los «testigos de Jehová» cambian la versión diciendo: «Yo resultaré ser», y lo mismo hacen en *Jn* 10, 30.

3.º *Por la misma manera de hablar de Jesucristo*

— Jesucristo habla como Dios, al decir: *El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere, se condenará* (*Mc* 16, 16). Esta manera de hablar es propia solamente de una autoridad suprema y divina, o sea, de Dios. Además Jesucristo es Dios:

— Porque se proclama *Autor de la vida* (*Jn* 11, 27; *Hech* 3, 15); el Juez universal (*Mt* 25, 31); el perdonador de los pecados (*Mc* 2, 5-7);... el que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (*Mt* 28, 18)...

Ahora bien, estas propiedades convienen solamente a Dios. Luego Jesucristo es Dios.

4.º *Por las palabras de San Juan* (*Jn* 1, 1).

En este texto leemos: *Al principio* (como en el *Gén* 1, 1: al principio de la creación) era (existía) *el Verbo* (= Palabra del Padre), Y EL VERBO ERA DIOS... *y el Verbo se hizo carne* (= hombre).

Aquí tenemos claramente que el Verbo (que existe desde la eternidad y que se encarna) es Dios y hombre

a la vez. Antes de la encarnación se llamaba *el Verbo*, y después de la encarnación se llamó JESÚS porque vino a salvarnos.

Notemos que el Verbo es Dios, y como el Verbo hecho carne se llama Jesucristo, tenemos que Jesucristo es Dios.

Los testigos de Jehová para desvirtuar el texto, y así negar la divinidad de Jesucristo, lo traducen: «y la palabra era *un dios*». Notemos que *un* no existe en el original, y que *dios* lo ponen con letra minúscula, con lo que quieren decir que es un dios inferior y creado por el Padre... (y así no son consecuentes porque dicen que hay un solo Dios Jehová, y luego admiten otro dios a su manera).

5.º *Por sus milagros*

Los muchos milagros que hizo Jesucristo en su propio nombre, demuestran su omnipotencia y su divinidad:

— Milagros en la naturaleza inanimada (multiplicación de los panes, andar sobre las aguas, calmar la tempestad, etc.).

— Curación de enfermedades, de ciegos, mudos, leprosos, etc. (*Mt* 11).

— Resurrecciones de muertos, y así dijo al difunto hijo de la viuda de Naín, en su propio nombre: *Joven, levántate, que yo te lo mando* (*Lc* 7, 14); al leproso: *Quiero, ¡sé limpio*! (*Mt* 8, 3); al mar: «*¡Calla, enmudece!* (*Mc* 4, 39)...

— Su propia resurrección es el sello claro de su divinidad, pues aparece como dueño de la vida y de la muerte... El poder de hacer milagros es propio de Dios. Luego Jesucristo es Dios.

6.º *Por sus profecías*

Jesucristo predijo su muerte en Jerusalén (*Lc* 13, 32), y que sería azotado, crucificado y al tercer día resucitaría (*Mt* 20, 17); predijo también la traición de Judas (*Jn* 13, 26) y que Pedro le negaría tres veces (*Mt* 26, 34)...

También vaticinó que Jerusalén sería sitiada por los enemigos, destruida y los judíos dispersos (*Lc* 21, 24...
Y todas las profecías se cumplieron.

Ahora bien, sólo Dios conoce el porvenir (*Is* 41, 23). Luego Jesucristo es Dios.

7.° *Por el testimonio de los Apóstoles*

He aquí unos testimonios que designan a Cristo como Dios:

a) *De los israelitas según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos* (*Rom* 9, 5).

b) *Aguardamos la feliz esperanza de nuestro Dios y Redentor Jesucristo* (*Tit* 2, 13).

c) *A los que han alcanzado la misma preciosa fe por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo* (*2 Pdr* 2, 1).

En estos textos la denominación de Dios se refiere claramente a Cristo y no a Dios Padre. Esta es sentencia unánime de los Santos Padres, pues todos refieren estos pasajes a Cristo.

Los testigos de Jehová desvirtúan estos textos en su Biblia, y así cambian sus palabras:

1) De quienes provino Cristo según la carne: Dice que está sobre todos *sea* bendito... Poniendo un *sea* que no existe en el griego pretenden así negar que Cristo es Dios bendito por los siglos.

El texto original nos revela la identidad de naturaleza de Dios y de Cristo, es decir, que Cristo (como vemos también claramente en los dos textos siguientes) es nuestro Dios y Redentor o Salvador.

2) Estos dos últimos textos los desvirtúan poniendo un *del*, que no existe en el griego, antes en esta forma: «de nuestro Dios y *del* Salvador Jesucristo».

Donde no se han dado cuenta cambiar el texto es en 1 *Jn* 5, 20, donde han dejado claro, y así se puede leer en su Biblia: *Este (Jesucristo) es el Dios verdadero.*

Los Apóstoles aparecen convencidos de la divinidad de Jesucristo:

— San Pedro le dijo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (*Mt* 16, 16).

— Tomás le llamó: *¡Señor mío y Dios mío!* (*Jn* 20, 28). A este propósito comenta San Agustín: «Veía la Humanidad y confesaba la Divinidad de Jesús».

— San Pablo: *En Cristo habita la plenitud de la divinidad corporalmente* (*Col* 2, 9). *Por El han sido creadas todas las cosas... Y El es ante todo y todo subsiste en El* (*Col* 1, 16-17).

8.° *Jesucristo es Yahvé (o Jehová) = Dios*

Contra los testigos de Jehová que lo niegan, tenemos:

a) *Is* 42, 5 (y *Gén* 1, 1), en el original hebreo leemos que Jehová es el creador de cielos y tierra, o sea, de todas las cosas, y en *Jn* 1, 3 vemos que *por El* (*por Cristo*) *fueron hechas todas las cosas*. Luego Cristo y Jehová es el mismo.

b) En *Is* 40, 3 se dice que Jehová tendrá un precursor y como luego Jesucristo tuvo como tal a Juan Bautista (*Mt* 3, 3; *Mc* 1, 3), resulta que El es Jehová = Dios.

c) En *Zac* 12, 10 leemos: *Mirarán a Mí, a quien traspasaron*. Notemos que quien habla aquí es Jehová. Ahora bien, en *Jn* 19, 33-37, el traspasado es Cristo. Luego El es Jehová y por tanto es Dios.

* * *

Otras señales a favor de la divinidad de Jesucristo se muestran en sus grandes virtudes confesadas aún por sus enemigos y en la dilatación de su doctrina:

— Judas dijo: *He entregado la sangre inocente* (*Mt* 37, 4); Pilato: *Este ningún mal ha hecho... Yo no hallo en él culpa alguna* (*Jn* 18, 38)...

Sólo Cristo pudo hacer este reto a sus enemigos: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (*Jn* 8, 46).

El *pasó haciendo bien* (*Hech* 10, 38), y en El resplandeció la humildad, la mortificación, la caridad, el perdón.

¿Qué decir de la doctrina de Jesús?

Esta responde a todas las necesidades del corazón humano, manifiesta con claridad cuál es nuestro último fin y el de todas las cosas... Por ella se transforma y ennoblece la vida humana.

También es admirable la dilatación de su doctrina a pesar de tantos obstáculos, como fueron las persecuciones, calumnias, etc., y cómo ha sido impuesta por los apóstoles sencillos, sin armas, etc.

Jesucristo también es *nuestro Señor*, por ser nuestro Creador, Salvador, Legislador, Maestro y Juez.

Consecuencia: Por ser Jesucristo Dios, todas sus enseñanzas, la religión por El establecida es la divina, y, por tanto, no puede ser destruida. Por esto Gamaliel aconsejó que no persiguieran los judíos a los apóstoles, diciéndoles: *Si esta obra es de hombres, ella caerá; más si es de Dios no la podréis destruir* (*Hech* 5, 38).

La obra del Redentor

Cuestiones que interesa tratar

1.ª ¿Fue necesaria la Encarnación del Hijo de Dios?
2.ª ¿Para qué se hizo hombre el Hijo de Dios?
3.ª ¿Cómo fue llevada a cabo la obra de la redención?

1.ª ¿Fue necesaria la Encarnación?

1) *No es necesaria en sí misma*, porque Dios, según lo definió el Concilio Vaticano I, es completamente libre para crear al mundo (D 1805), y, por tanto, si fuera necesaria la Encarnación, Dios se hubiera visto obligado a crear antes el mundo y el hombre.

Ni tampoco es necesaria en el caso de que Dios quisiera reparar al hombre, porque tal reparación podía hacerse de muchas maneras, vg. ya perdonando gratuitamente la injuria, ya exigiendo alguna satisfacción...

2) *Solamente es necesaria en el caso que Dios exigiese una satisfacción condigna por el pecado,* porque como la ofensa se mide por la persona que es ofendida, al ser Dios la persona ofendida, la ofensa o injuria contra El sería en cierto modo infinita, y al no poder hacer el hombre esta reparación, síguese que es absolutamente necesaria la Encarnación del Verbo o Hijo de Dios, pues sólo El, por ser Dios y hombre, persona de valor infinito podía hacer tal reparación. Como hombre *pudo sufrir* por nosotros, y como Dios *dar a las acciones de la naturaleza humana un valor infinito* de expiación.

2.ª ¿Para qué se hizo hombre el Hijo de Dios?

Hay dos sentencias:

1) *Los seguidores de Santo Tomás* dicen que la razón primaria y única de la Encarnación fue la reparación del género humano, y se apoyan en diversos textos de la Sagrada Escritura, la cual nos dice que «Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores» *(1 Tim* 1, 15), vino «para que el mundo sea salvo por El» (*Jn* 3, 17).

El nombre de «Jesús» indica su condición de Salvador: *Le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados* (*Mt* 1, 21).

También San Agustín dijo que el Hijo de Dios se hizo hombre para redimir al hombre: «Si el hombre, dice, no hubiera perecido, el Hijo de Dios no hubiera venido... ¿Para qué vino al mundo? Para salvar a los pecadores... No había otra razón para que viniera al mundo» (*Serm* 174).

El Símbolo a su vez nos dice: «Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos y se encarnó» (*Nic.-Const. D.* 86).

2) *Los seguidores del teólogo Escoto* sostienen que la causa primaria y única de la Encarnación fue el *mismo Cristo,* o sea, la excelencia de este misterio y la gloria de Cristo, de tal manera que, aun cuando Adán no hubiese pecado, el Verbo de Dios se habría encarnado,

y la razón que dan es porque Cristo en cuanto hombre es *el centro y el fin de toda la creación*:

El «es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra... Todo fue creado por El y para El. El es antes que todo, y todo subsiste en El. El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia..., para que tenga primacía sobre todas las cosas...».

Cristo parece tener prioridad en la mente divina en cuanto hombre y como tal es la causa ejemplar y final de todo el universo. El es *el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin (Apoc* 22, 13).

* * *

Bien estudiada esta cuestión, creo podemos bien compaginar ambas sentencias. Si «todo fue creado por El y para El y El es antes que todo», Cristo siempre hubiera venido al mundo como fin de toda la creación, aunque el hombre no hubiera pecado; pero previsto el pecado, quiso venir a su vez como Redentor. De todos modos, si Dios quería hacernos hijos suyos y salvarnos ¿no tenía *necesariamente* que venir?

3.ª *¿Cómo fue llevada a cabo la obra de la Redención?*

Ya lo indicamos anteriormente, pero de un modo especial hemos de decir que Jesucristo la llevó a cabo con su pasión y muerte expiatoria en la cruz, y con su sangre ofreció a Dios una satisfacción condigna por el pecado.

Jesucristo aparece en esta obra de la redención como verdadero mediador entre Dios y los hombres. Conviene fijarnos en esta cuestión y ver cómo El nos rescató y reconcilió con Dios.

Cristo es Mediador entre Dios y los hombres

Cristo, en cuanto que es hombre, es el verdadero me-

diador y, como tal, el único entre Dios y los hombres (*1 Tim* 2, 5-6), y ejercita su labor de mediación por medio de las acciones de su naturaleza humana. La distinción real que existe entre las dos naturalezas divina y humana permite que Cristo, como hombre, realice actos de mediación y que Dios los acepte.

A este propósito dice San Agustín:

«Estando los hombres apartados de Dios por el pecado original..., les era necesario un mediador, esto es, un reconciliador, que aplacara la ira de Dios con la oblación de su sacrificio singularísimo.

«Jesucristo es mediador de Dios y de los hombres, porque es Dios con el Padre y hombre con los hombres. No hombre sin la divinidad, ni Dios sin la humanidad...».

De hecho, Cristo ejerció el oficio de Redentor y satisfizo por nuestros pecados:

Tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores...; traspasado por nuestras iniquidades... Yahvé cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros (*Is* 53, 2-8).

Cristo nos rescató y reconcilió con Dios

Esta reconciliación la hizo por el sacrificio de su muerte en la cruz, y así nos lo dice la Escritura:

— *Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (*Rom* 5, 10).

— Le plugo por Cristo *reconciliar consigo todas las cosas, pacificándolas por medio de su sangre derramada en la cruz* (*Col* 1, 20).

— El efecto de la muerte de Cristo fue nuestra redención: *El se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad* (*Tit* 2, 14).

— *De la virtud reconciliadora del sacrificio de su muerte se nos habla en la institución de la Eucaristía*: *Esta es mi sangre del Testamento, que se derrama por muchos para remisión de los pecados* (*Mt* 26, 28).

La satisfacción de Cristo fue universal respecto de todos los pecados, pues *la sangre de Jesús su Hijo nos ha purificado de todo pecado (1 Jn* 1, 7), y *El es la propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1 Jn* 2, 2)...

La satisfacción de Cristo fue condigna, como diremos a continuación, y porque en realidad Cristo considera la entrega de su vida como precio del rescate de los hombres: *El cual se dio a sí mismo en precio del rescate por todos (1 Tim* 2, 6). *Habéis sido comprados a precio* (*1 Cor* 6, 20). *En quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados* (*Ef* 1, 7)...

La satisfacción vicaria de Cristo

La satisfacción vicaria de Cristo es adecuada y condigna, y esto debido a su valor intrínseco.

Satisfacción es la reparación de una injuria u ofensa personal. Es *condigna* cuando se da una compensación igual o equivalente a la ofensa inferida.

La satisfacción ofrecida por Cristo es condigna o adecuada por razón de la unión personal (hipostática), pues sólo las acciones de Cristo poseen un valor intrínseco infinito, porque el principio responsable de las mismas es la Persona del Verbo.

En la carta a los Hebreos (10, 4-5) leemos:

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos borre los pecados. Por lo cual, entrando en este mundo dice: «No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo» para el sacrificio.

De este texto se deduce la necesidad de la satisfacción condigna de Cristo, porque los sacrificios de la Antigua Ley no tenían valor para poder borrar los pecados. Por consiguiente, si la oblación de Cristo no hubiera tenido valor *por sí misma,* entonces los sacrificios de la Ley

Antigua, también habrían podido ser condignos por la aceptación de Dios.

La satisfacción vicaria de Cristo fue ***sobreabundante***, ya que «una pequeñísima gota de sangre (por la unión hipostática con el Verbo) hubiera bastado para redimir a todo el linaje humano» (*Dz* 550).

Notemos que, aunque la satisfacción de Cristo fue condigna objetivamente, nuestras satisfacciones no son ahora superfluas, pues tienen un valor satisfactorio proveniente de las satisfacciones de Cristo, es decir, nuestras satisfacciones no son más que aplicación de la satisfacción de Cristo a nosotros. Los frutos, pues, de la redención están vinculados al cumplimiento de ciertas condiciones: a la fe (*Mc* 16, 16) y a la guarda de los mandamientos (2 *Pdr* 1, 10; *Mt* 19, 17).

RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Jesucristo resucitó. Este es el mayor de los milagros, el dogma fundamental del cristianismo. Si éste fuese falso, serían falsos los demás y vana sería nuestra fe, como dice San Pablo *(1 Cor., 15,14)*. Mas es menester confesar que la resurrección de Cristo, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica, es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento,y a favor de este hecho real, tenemos los mismos Evangelios, que son *históricos, íntegros y verídicos*.

Además el sepulcro sellado y luego vacío, las múltiples apariciones y los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, son hechos realmente comprobados por la historia..

Jesucristo resucitó «por su propia virtud», demostrando que es dueño de la vida y de la muerte. Si a veces dice la Escritura que *fue resucitado por Dios (Hech* 2, 24), esta afirmación hay que entenderla en razón de su naturaleza humana o creada.

Pruebas en favor de la resurrección de Cristo

1) *Profecía del A. T.*: *No dejarás que tu justo experimente la corrupción* (en el sepulcro) (*Salm* 16, 10).

Aquí se anuncia la resurrección de Cristo según la interpretación de los apóstoles Pedro y Pablo. (Véase *Hech* 2, 24 ss.; 13, 35 s.).

2) *Profecía del mismo Jesucristo*: El anunció varias veces, según los textos siguientes, que padecería mucho, sería maltratado y escupido, le darían muerte y al tercer día resucitaría (*Mt* 16, 21; 17, 22; 20, 19; *Jn* 2, 19, etcétera.). Esta profecía se cumplió, y de hecho resucitó para nunca más morir (*Rom* 6, 9).

3) *Testimonio de los cuatro evangelistas*. Para demostrar que uno ha resucitado, hay que demostrar primero que ha muerto, y los cuatro evangelistas dicen: «expiró». (Véase la Pasión en los últimos capítulos de los Evangelios). Además, tenemos las circunstancias del sepulcro sellado y luego vacío, el testimonio de los guardias, la afirmación del ángel: *Resucitó, no está aquí* (*Mc* 16, 6).

4) *Las diversas apariciones del Resucitado*:

Por ellas vemos que los apóstoles lo vieron con sus propios ojos, lo tocaron y hablaron con El.

— Se apareció a María Magdalena (*Mc* 16, 9).

— Luego a Pedro (*Lc* 24, 34; *1 Cor* 15, 5).

— A las piadosas mujeres en el camino (*Mt* 28, 9).

— A los discípulos de Emaús (*Lc* 25, 13-32).

— A los discípulos en presencia de Tomás (*Jn* 20, 26 s.).

— A más de 500 discípulos de una vez (*1 Cor* 15, 6-8).

5) *Testimonio de los Apóstoles*: Los Apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesús con gran denuedo (*Hech* 1, 22; 2, 24; 3, 15; etc.).